

Vidadepalabras

Gustavo
Álvarez
Gardeazábal

 Universidad
del Tolima
Una nueva historia

PME

PROGRAMA MUNICIPAL DE ESTÍMULOS

FUNDACIÓN
**ABRA
PALABRA**




Vida de palabras

GUSTAVO ÁLVAREZ

Gardeazábal

© Sello Editorial Universidad del Tolima, 2018

© Fundación Abrapalabra

ViddePalabra N° 6: 1.000 ejemplares

ISSN: 2590-7603

Número de páginas: 79

Ibagué-Tolima

Universidad del Tolima

Fundación Abrapalabra

Viddepalabra - Gustavo Álvarez Gardeazábal

Directores:

Ricardo Cadavid

Diego Avendaño

Director de contenido:

Carlos Pardo Viña

Corrector de estilo:

Daniela González

publicaciones@ut.edu.co

direccion@fundacionabrapalabra.org

Impresión, diseño y diagramación por León Gráficas S.A.S.

Portada: Foto de Gustavo Álvarez Gardeazábal

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio, sin permiso expreso del autor.



 **Universidad
del Tolima**
Una nueva historia

PME

PROGRAMA MUNICIPAL DE ESTÍMULOS

FUNDACIÓN
ABRAPALABRA


Contenido

Prólogo.....	7
Soy Gardezabal	11
<i>Carlos Pardo Viña</i>	
El divino cóndor que morirá de viejo.....	17
<i>Daniella Osorio Morantes</i>	
Gardezabal: La memoria del olvido	23
<i>Daniela González Cifuentes</i>	
Una cada día.....	29
<i>Johan Sebastián Rivas</i>	
La extraña influencia de Gardezabal	35
<i>Camilo Jiménez</i>	
"A ellos les gusta hablar con el que los abofetea"	43
<i>Neyder Ismael Pérez Moreno</i>	
"Cada vez me alejo más de Tuluá"	49
<i>César Augusto Gutiérrez Lozano</i>	
El legado de un padre	55
<i>Yiseth Prieto</i>	
El pajarito de Gardezabal	61
<i>Arlovich Correa Manchola</i>	
La muerte y el anarquista.....	65
<i>Ricardo Cadavid</i>	



Prólogo

Cuando hablamos de escribir una nueva historia para la Universidad del Tolima, en esencia proponemos transitar la senda del mejoramiento continuo, en los ámbitos académico, social, político y humano, desde nuestra alma máter, hacia la región y el país entero.

Escribir nuevas páginas no significa apartarse del pasado, ni mucho menos desconocer los grandes logros que ha alcanzado nuestra Institución en sus más de 70 años de funcionamiento, sino dejar atrás las muchas adversidades y aspectos negativos que hemos podido superar.

La UT es sin lugar a dudas, el centro de educación superior más importante del Tolima, y sus dieciocho programas acreditados de alta calidad, así lo confirman. Pese a las dificultades que hemos atravesado en los últimos años, con trabajo, responsabilidad, y am-

plio sentido de pertenencia, logramos avanzar paulatinamente.

Este trasegar al que hemos denominado una nueva historia, significa también tomar distancia de todo aspecto negativo y corregir el rumbo cuando ello es necesario. Significa resaltar lo mejor de nosotros mismos y reconocer que cada paso que damos, lo hacemos acompañados por una comunidad académica que ha trabajado con amor por la casa de todos, la grande de Santa Helena.

El proyecto “Vida de palabras” tiene ese carácter ejemplificante de amor y esfuerzo de docentes, estudiantes y egresados, y es una actividad que el programa de Comunicación Social – Periodismo desarrolla desde hace cinco años en convenio con la Fundación Abrapalabra, y que forma parte de esa historia de logros positivos de la Universidad.

Durante estos cinco años, Vida de Palabras ha rendido homenaje a grandes personajes de la cultura nacional, como Augusto Mora Sáenz “El Indio Rómulo”, Leonor González Mina “la Negra Grande de Colombia”, Héctor Ulloa “Don Chinche”, Carlos “El Gordo” Benjumea y nuestro siempre inolvidable Rodrigo Silva, del dueto Silva y Villalba, aportando así, a la generación de cultura y a la memoria histórica de nuestros artistas más representativos.

El personaje homenajeado para este año, es también de vital importancia para la historia cultural de nuestra nación, un periodista polémico para muchos, pero muy seguramente uno de los hombres más brillantes y lúcidos del país.

Gustavo Álvarez Gardeazábal es un humanista, una figura central de nuestra literatura colombiana, que ha logrado plasmar a través de sus historias, mágicos relatos que encarnan lo que hemos sido, lo que somos, y lo que seremos.

La novelística de la Violencia en Colombia tuvo su máximo esplendor con “Cóndores no entierran todos los días”, que es lectura obligada para quienes estudian la historia del conflicto colombiano.

No deja de ser una anécdota amarga para nuestra región saber que Álvarez Gardeazábal, en muchas de sus columnas, llamó la atención sobre el peligro que corría nuestro desaparecido municipio de Armero. Sus columnas sobre el tema se publicaron en diarios como El Colombiano, El Siglo, Diario de Occidente, y sin embargo, el Estado hizo caso omiso de sus advertencias.

Aun hoy, Gardeazábal sigue advirtiéndolo a los colombianos sobre fenómenos como el de Hidroituango, las edificaciones con deficiencias estructurales en diversas regiones, entre muchos otros problemas de diversa índole, y que caen en oídos sordos en un país que parece anestesiado y dormido ante tanta indolencia cotidiana.

Gustavo Álvarez Gardeazábal

Cóndores no entierran todos los días



En este homenaje Vida de palabras, nuestros estudiantes de Comunicación Social – Periodismo tendrán una oportunidad única de apreciar y vivir de cerca la labor de un periodista, su responsabilidad social, el deber que atañe a la fuerza de su voz que no debe callar, para un país en donde cuesta tanto aprender a escuchar.

La nueva historia de la Universidad del Tolima, seguirá construyendo y cimentando sus bases, entorno a acciones como Vida de Palabras.

Ómar Mejía Patiño
Rector Universidad del Tolima



Soy Gardeazábal

Carlos Pardo Viña*

La abuela de Gardeazábal, Natalia Restrepo, perdió su primer marido, Santiago Rendón, porque no hubo quién se la mamara. Al rico antioqueño, dueño de una gigantesca recua de mulas, le mordió una serpiente rabo de ají en el pene mientras orinaba. Nadie se animó a chuparle el veneno. Viuda, con cinco hijos y rica, terminó sus días con un minero, capataz de la mina La Bramadora, en el camino a Amalfi, borracho, jugador y pichador, de casi dos metros, que en menos de 15 años se gastó su dinero.

El padre de Gardeazábal, Evergisto Álvarez Restrepo, un antioqueño autodidacta que sólo cursó segundo de primaria, impetuoso y ambicioso, que creyó que podía ser concejal de su pueblo Carolina del príncipe sin tener 21 años, fue excomulgado por el tristemente célebre Monseñor Miguel Ángel Builes que

se ensañó con la familia excomulgando también al abuelo y a otro hermano. Evergisto, que había nacido en Las breñas del Porce en Antioquia, llegaría a Tuluá en 1939 luego de haber trabajado en los nacientes campos de petróleo en Barrancabermeja y haber pasado tres años hospitalizado por culpa de la malaria. Sería en el Valle donde conocería a la hija del librero del pueblo, María Gardeazábal Rodríguez, una mujer de 1.90 metros, culona, bachiller, tulueña, pintora y violinista, militante del catolicismo, perseguidora de protestantes, creadora de becas sacerdotales y de programas de radio católicos que no encontró, a su muerte, un cura que hiciera los oficios.

Gardeazábal nació en 1945. En el hospital San Antonio de Tuluá. Recuerda que empezó a hablar de la mano de su abuelo librero quien le advirtió a su ma-

* Escritor, periodista y docente del programa de Comunicación Social – Periodismo de la Universidad del Tolima



dre una y mil veces que le pusieran cuidado a ese niño que hablaba de corrido antes del año, recuerda que su madre le enseñó a leer y a escribir, recuerda que los domingos lo llevaban a la finca del abuelo, camino al Picacho, en Tuluá, recuerda a sus primos deslizándose por las colinas en conchas de palmas, recuerda su cumpleaños número tres, recuerda asomarse a la calle por las hendijas porque en tiempos de violencia no se podía salir, recuerda su viaje a Cali con el abuelo, al Congreso Eucarístico Bolivariano, recuerda su viaje a Medellín, en avioneta, recuerda a su padre leyendo el periódico... A partir de ese momento, Gardeazábal se niega a recordar.

Nadie ha podido hurgar en esos tiempos de infancia: De mi infancia no hablo, dice. No hablo de mi adolescencia, dice. Me fue mal, dice. Su vida vuelve a reiniciar a los 17 años, cuando su padre lo envía a estudiar Ingeniería Química en Medellín de donde salió expulsado por publicar un texto contra el rector. Desde ese momento, Gardeazábal comenzó a tejer su leyenda.

Gustavo Álvarez Gardeazábal es escritor, periodista, opinador, político y consejero. Pero ninguno de esos moteles los lleva a secas. Es uno de los más importantes escritores en la historia literaria colombiana. Licenciado en Letras de la Universidad del Valle, doctor de la Universidad Complutense de Madrid, ganador de la beca Guggenheim, autor de 17 novelas, un libro de cuentos, seis libros de ensayo alrededor de la literatura colombiana y dos libros periodísticos, las obras del valluno han sido traducidas a más de 15 idiomas y algunas de ellas fueron llevadas al cine y a la televisión. Cóncores no entierran todos los días, de la que Gardeazábal conoció 94 ediciones piratas, es un hito en la novela de la Violencia del país.

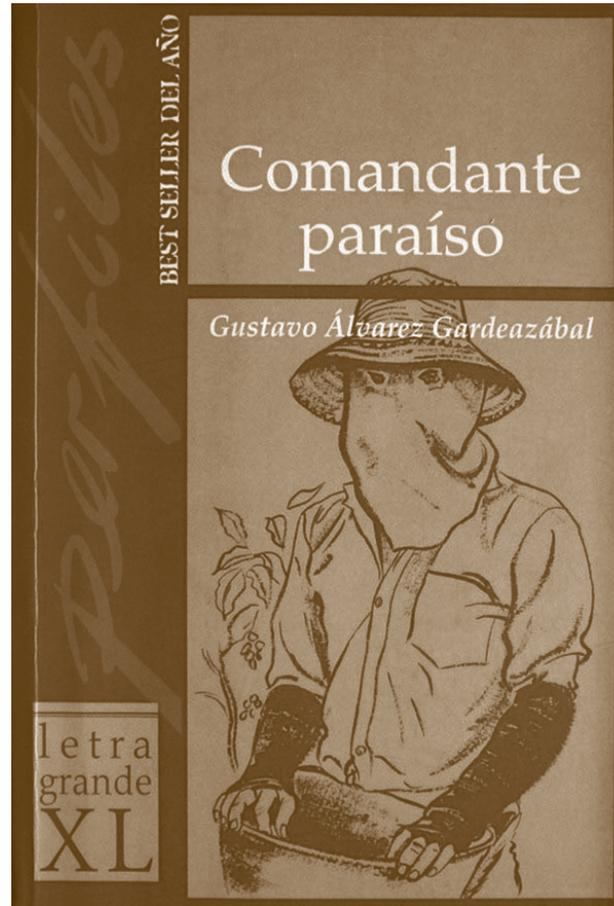
Como periodista, Gardeazábal ha sido columnista de los más reconocidos diarios, de programas de radio tan célebres como La Luciérnaga y ahora, en tiempos de internet, del Jodario, Las 2 orillas y ADN. Se ha cansado de enrostrarle sus verdades a medio mundo, se ha impuesto a la censura, a la persecución personal y política. Denunció, desde antes que sucediera, la tragedia de Armero y hasta la de Hidroituango, y su

insaciable capacidad de observación y análisis le ha valido adelantarse a la vida de este país que aún no se acostumbra a su rebeldía.

Su inclinación política le venía en la sangre y le estalló por todas partes cuando siendo estudiante de la Universidad del Valle, asumió el liderazgo estudiantil de frente y con toda su furia y su inteligencia, se desmandó contra los marxistas y los derechistas hasta hacerse elegir miembro del Comité Directivo de la Federación de Estudiantes para librar batallas novelescas contra las estructuras políticas y universitarias. Fue concejal de Cali en 1978, Diputado del Valle, primer Alcalde popular de Tuluá en 1990, en un cargo que repetiría en 1992; gobernador del Valle entre 1998 y 2000, superando a la rancia oligarquía valluna representada en Carlos Holguín Sardi que vio cómo un escritor, iconoclasta y rebelde, sacaba 700 mil votos. Lo creyeron presidenciable y comenzaron los ataques. Terminó en la cárcel por vender una escultura pero a su salida era aún más amado y respetado y seguido.



Gardeazábal no es cualquier consejero. Los hombres más poderosos e influyentes del país lo buscan. Hacen fila en su finca El Porce. Presidentes y expresidentes, empresarios y aspirantes a políticos, escritores en ciernes y estudiantes, le buscan la lengua y su brillante cabeza. Todos quieren con Gardeazábal. Todos quieren entrar a su casa. Todos quieren disfrutar de su compañía, así sea para recibir insultos y verdades completas. Vivo, muy vivo, comiéndose los días con desenfreno y disciplina, generoso, muy generoso, Gardeazábal escribe todos los días, lee todos los días, habla todos los días, y un día cualquiera, como hoy, en medio de una mañana fresca, recibe a estudiantes que preguntan, que preguntan, que preguntan, que no paran de preguntar. Afuera, el ladrido de los perros, el graznido de los gansos y los patos. Todo un día para encontrar los hilos de su vida. Nada fácil. El hombre no se deja. Ha mandado desde siempre y sólo habla de lo que quiere. Y sin embargo, en medio de la tarde, suelta una frase, un recuerdo de los que no quiere acordarse, y los muchachos anotan, sonrían y callan y escriben esta Vida de Palabras, para gritar con Gustavo... yo también Soy Gardeazábal.





El divino cóndor que morirá de viejo

Daniella Osorio Morantes*

Podría ser un gurú, pero es un hombre. Tiene setenta y dos años y aunque es el hombre mejor informado de Colombia, no recuerda nada. Por lo menos, nada de lo que se le pregunta, porque como él mismo dice, desde chiquito está mandando y hace lo que se le da la gana. Vive aislado de las concentraciones urbanas. “El Porce”, su finca en Tuluá, es una especie de refugio botánico en donde tiene patos, gatos, perros, gansos, gallinas, orquídeas y mucho más.

Tras una espera de no más de diez minutos, Gustavo Álvarez Gardeazábal sale para decirnos que llegamos temprano. Viste un pantalón caqui, una camisa azul y un tapón para los oídos que le ayuda a tolerar los ruidos por la hiperacusia que padece. Se acomoda con parsimonia en un sitial blanco, que mandó a

hacer especialmente para él, debido a las frecuentes visitas que acostumbra recibir.

Llegar a la finca es fácil, lo difícil es llegar a él. Pulu-lan artículos sobre su figura y cada uno de ellos repiten con vehemencia para bien o para mal, los temas del poder y el verbo; de lo inteligente pero lo imper-tinente, de lo iconoclasta, pero escribano parroquial; una mezcla extraña de realidad y ficción que le ha alcanzado para todo.

Gardeazábal podría ser un caudillo, pero es un hombre. Afirma que el éxito de su vida es que no todo ha sido triunfo. Repite con entusiasmo que lo han echado de todas partes, que lo criaron con colada de arroz porque reaccionaba mal a la leche materna, que es el único muerto que sacaron los

* Egresada del programa de Comunicación Social – Periodismo de la Universidad del Tolima



masones antes de muerto del Cementerio Libre y por eso ahora lo van a enterrar en el Cementerio Museo San Pedro de Medellín. La vida se le está acabando y no ha dejado de ser un provinciano fofuto, como él mismo dice. Pese a todo, Gustavo se rehúsa a ser una víctima. Ha sufrido unas derrotas estruendosas y vive su vida gozoso, tanto en las buenas como en las malas, para él “ser una víctima es muy hartó; yo no recuerdo ninguno de los malos momentos de mi vida”.

Es fruto de la disciplina de las monjas franciscanas. Mientras sus amigos juergueaban, tomaban y pichaban, él se las ingeniaba para trazar recursos que llenaran el vacío que tuvo a su alrededor y seguir peleando: “entonces inventé un recurso y qué mejor recurso que el de volverme absolutamente agresivo”.

Sus obras son un mosaico crítico de las distintas manifestaciones del poder en Colombia, Álvarez Gardeazábal escribe para contar lo que la gente sabe, pero que no dice. Se deleita escribiendo “El Jodario”, un lugar donde ha podido publicar sin que le caiga la

censura, porque cuando se ha sido vetado, se aspira a ser dueño de quien veta.

“Entonces la idea sería tener un periódico, tener una revista, algo donde uno pueda publicar. Ese placer lo he venido a tener con las redes sociales, aunque sea en la vejez, pero me tocó”.

Gustavo hace mucho énfasis en lo que dice y sale a flote la virulencia de sus obras, ya sea a través del chisme, los fenómenos naturales, la malicia verbal o la violencia extrínseca. Es evidente, como él mismo nos lo hace notar, que estamos sentados frente al escritor vivo más estudiado de Colombia; nadie como él ha hecho una revisión histórica de la realidad nacional inmediata de manera tan “elemental, mi querido Watson”.

Su vida literaria no es obra de la providencia, sino producto de una circunstancia emotiva, de su deseo por abandonar la ingeniería química; producto también de una circunstancia física, de la batalla que libraba contra la muerte enmascarada como una úlcera

péptica: “Yo vine a tomar alcohol a los 35 años, con una tara de alcohólicos y suicidas como hay en mi familia” (fragmento de la entrevista con Alejandro José López. Cali, 2003).

“Ahora estamos aquí sentados a la orilla del camino, cansados de tanto caminar”. Así comienza el poema “El adiós del viejo” de Nicolás Cano, que adorna la plaza central de Tuluá; hoy, morir de viejos se ha vuelto más que una posibilidad real, tanto por los avances en el mundo de la ciencia como por el tan controversial acuerdo de paz con las Farc. Quizás por su vanidad o por la paciencia de quien ha sabido vivir y no espera nada más que lo inevitable, Gustavo Álvarez hizo por sí mismo lo que nadie más nunca iba a hacer por él: este tuluense fue el primero en reconocer su propia grandeza y, tras una pelea con la editorial Panamericana, decidió regalar a Unaula los derechos de su obra más aclamada “Cóndores no entierran todos los días” y así constituir la biblioteca Gardezabal, para que: “cuando yo me muera, pues publiquen con el producido de eso, las otras novelas mías para que no se pierdan”.

Antes de él, fue tal vez su abuelo materno Don Marcial Gardezábal, el hombre más culto de Tuluá, el que pudo entrever de las proezas de su nieto. A él pues, le tocó la precocidad de Gustavo y le advierte en más de una ocasión a su hija de las frases enteras y afirmativas del pequeño: “y no preguntaba, siempre afirmaba, y eso sí ya es un síntoma de demencia infantil, que ya me cogió la vejez y sigo en las mismas”.

Se ha encargado de crear su propio pedestal para el día de su muerte; este minucioso escritor ha pensado en todo. Ahora está tratando de armar su historia, asumiendo que tiene tantas aristas como vacíos, y que como la realidad ha desbordado la ficción, seguirá su matrimonio con las novelas en donde puede ir arreglando todos los días las memorias de los suyos. Por eso “El violín” como otro de los recursos que ha sabido inventarse, será un género que no existe: las

memorias noveladas de la gente que lo rodeó, para seguir haciendo lo que mejor ha hecho: “lo que se le da la gana”.

“Allí, empero, en medio de las ruinas sentimentales de lo que ya no es, he logrado la hazaña de hacer en pocas cuadras una especie de museo de lo perdido y de vivir en él creyendo acaso que los abuelos tienen todavía la capacidad de percibir lo desandado” (Fragmento de “El Porce”, 2012).

Como si fuera poco, Gustavo Álvarez Gardezábal nos regala un “librito” de su autoría para existir en la memoria de estos jóvenes que ya no leen y no saben quién es él. Porque ahora, entre los árboles gigantescos y la caña de azúcar de su valle natal, nos dice que ha vivido tanto, pero tan intensamente y de manera tan apabullante, que ya es hora de ir alistando la maleta.





Gardeazábal: La memoria del olvido

Daniela González Cifuentes*

A unos cuantos kilómetros de Tuluá se encuentra aquel impetuoso setentón experto en cantar verdades. Algunas veces como periodista, como político, como crítico literario y siempre como escritor. Lo ha hecho toda su vida, tanto como leer y escribir.

Allí, a 15 kilómetros de la ciudad y en medio de árboles, orquídeas, gansos, perros, gatos, vive el hombre mejor informado del país. Lee, lee a diario y sigue leyendo con el pasar de los años. Puede hablar con total seguridad sobre cosmología y volcanes, Einstein y Hawking, matemáticas e historia; literatura y política. Él no ha sido matemático, pero comenta que todo lo que sucede tiene una explicación en esa ciencia. De la misma manera podría hablar de medicina, física, o cualquier otra disciplina. Gustavo Álvarez Gardeazábal es un humanista.

- ¿Qué recuerda de su infancia?
- Nada—. Lo dice con voz dura y expresión fría.
- ¿Cuál es su primer recuerdo?
- Los primeros vagos recuerdos son los domingos en la finca del abuelo. Quedaba en el camino hacia El Picacho de Tuluá. Ahí en esa casa sucede El bazar de los idiotas.

Cambia de tema rápidamente y comienza a hablar de sus padres, el especial afecto de su abuelo, su gusto por la lectura. Se le escapa una que otra anécdota, como que fue criado con colada de arroz porque reaccionó a la leche de su madre; que hablaba de corrido y hacía frases enteras a los nueve meses; o que su madre le enseñó a leer y a escribir con un carbón en la tabla de una cama.

* Estudiante del programa de Comunicación Social – Periodismo de la Universidad del Tolima

También, rinde un pequeño homenaje a esas monjas franciscanas que le enseñaron en el colegio la importancia de la disciplina. Se detiene, toma aire y suelta:

- De ahí para allá hay un vacío muy grande. Me fue muy mal en el resto, por eso no hablo de mi infancia ni de mi adolescencia.
- ¿A qué se refiere con que le fue mal?
- Me fue mal, punto. No es más—. Trata de decirlo con serenidad, pero sus ojos, un poco tristes, lo delatan.

Ese hombre humanista que rememora sin titubear, que recuerda fechas, nombres, lugares y detalles con exactitud, quiere olvidar todo aquello que le hizo daño. Quizá nunca sabremos qué fue lo que marcó ese momento de su vida.

Hoy, la memoria de Gardeazábal es como un artefacto al que su dueño ha decidido oprimir *Delete* y borrar todos los malos recuerdos. No se desgasta en odiar, porque el que odia se arruga como una uva pasa, y como él mismo dice, a sus 72 años, sigue sien-

do muy buen mozo con un derrière perfecto. Y levanta la cola y mira coqueto y sonrío.

Aún conserva el recuerdo de los panfletos y grafitis que hizo en su faceta de líder estudiantil en la Universidad del Valle, cuando se enfrentaba a las élites y su derecha feudal, con tal de defender su ideología anarquista. Su vida política comenzó en el Movimiento Cívico de José Pardo Llada, con el que consiguió un escaño en el Concejo de Cali, fue Diputado a la Asamblea del Valle, Alcalde de Tuluá y Gobernador del Valle del Cauca con 700 mil votos.

- Saqué demasiados votos y se pusieron en la labor de atajarme para que yo no fuera candidato presidencial, ¡qué tal!

Dos años después, lo condenaron por enriquecimiento ilícito al venderle una escultura de Ricietl Vurkovitsky Dha a la esposa de Miguel Rodríguez Orejuela, un narcotraficante del Cartel de Cali.

- Me condenaron por un delito gravísimo— dice con cierto aire de ironía—. Estaba en una crisis eco-

nómica y vendí una obra de arte que me había regalado un galerista enamorado que tuve.

- ¿Qué piensa del carcelazo?
- Que lo olvidé.
- Tantos años en la cárcel...
- Lo olvidé, punto. No hago historia ni lleno mi mochila de odios, o no habría podido seguir viviendo ni seguir gozando como la gozo.

Delete, de nuevo. Aquel anarquista de derecha se conserva rozagante porque no odia. No guarda rencor a quienes lo acusaron. No se lamenta de haber perdido la oportunidad de ser presidente ¿acaso lo quiso ser? Todo eso arruga como una uva pasa y él prefiere mantenerse joven y bello.

Ese humanista que habla de política, literatura e historia, también habla del hombre que lo acompañó durante esa infancia desconocida, el abuelo Gardeazábal. “Él me enseñó todo ese sentido humanista, lo entendí en la medida en que fui leyendo textos que escribió”. Nunca supieron que tuvieron a un lector infatigable y un escritor invaluable.





Recuerda perfectamente aquel 31 de octubre de 1948, en el que el abuelo llega en un Jeep Willys con un carrielito como regalo por su cumpleaños número tres. Lo recuerda porque tres meses después, en enero de 1949, se celebraba el Congreso Eucarístico Bolivariano en Cali y el cardenal Clemente Micariba iba a estar presente. En esa época, Colombia no tenía cardenal, así que la llegada de ese personaje era un gran acontecimiento. Luego de acceder a sus ruegos, el abuelo lo acompaña a ver la triunfal entrada de esta figura y lo carga en sus hombros para que logre admirarlo.

- Al día siguiente le dio un infarto y 48 horas después murió.
- ¿Se culpa de ello?
- Por supuesto, fue por llevarme allá. A mí no me echaron la culpa, pero yo la asumí.
- ¿Se arrepiente?
- No me arrepiento de nada de lo que he hecho. Y eso que he hecho unas güevonadas.

Narra con nostalgia el último recuerdo que tiene de él. Parece que este no ha podido borrarlo de su me-

moria. No como a los otros amores, esos de los que no habla.

- El amor en la vida de Gardeazábal...
- Siempre ha existido.
- Cuéntenos...
- No. Siempre ha existido.

Sabemos que siempre ha sido un enamorado de la vida, un enamorado del amor, un enamorado de las letras, pero ese setentón de mente prodigiosa, que lo puede recordar todo, también quiere olvidar, porque la memoria de Gustavo Álvarez Gardeazábal, en el fondo, es un homenaje al olvido.



Una cada día

Johan Sebastián Rivas*

Una en la madrugada, una desde la universidad. Una ha sido el número de columnas diarias que ha escrito Gustavo Álvarez Gardezabal desde que le dieron la oportunidad de hacerlo en el Diario de Occidente, periódico conservador de Cali, hace más de cincuenta años, cuando apenas era un estudiante de Letras en la Universidad del Valle, y junto a Carmina Navia en 1967 escribían para el suplemento dominical “Página Nueva”.

De la columna dominical con Navia, pasó a El País, donde el escritor Isaías Peña Gutiérrez lo impulsó para escribir una columna dominical durante varios años.

Gardezabal en la universidad no era solo de ir a clase y salir con amigos. “Mientras todos mis compañeros

bebían y juergueaban, yo leía y me levantaba a las cinco de la mañana a escribir. Además, escribir una columna diaria es una hazaña.”

Su trabajo ha sido cuestionar las élites, cuestionar las malas decisiones del poder. Su vida se ha ido en esa conversación con quienes han tenido las riendas del país; desde los periódicos, desde la radio y hoy desde las redes sigue siendo su crítico. Frases cortadas, textos hechos, páginas en blanco, palabras retocadas, la censura no ha sido ajena a la vida del periodista. No se ha tratado solo de las discusiones sostenidas con las élites, también se trata de los dueños de los medios, con los que a lo largo de su carrera se ha confrontado.

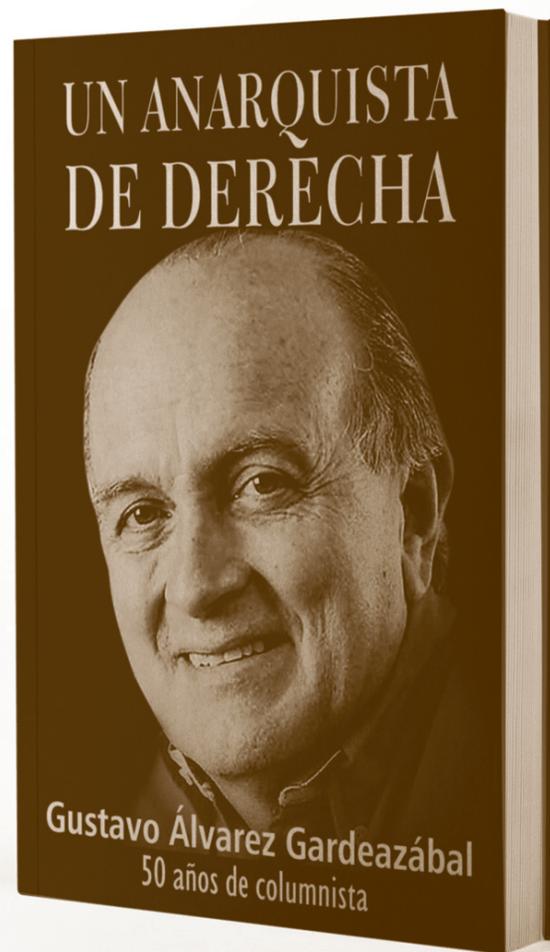
“Por ahí tengo un poco y he estado coleccionando las columnas censuradas. Las que me censuraba Rodrigo

* Estudiante del programa de Comunicación Social – Periodismo de la Universidad del Tolima

Lloreda, él las firmaba. Los otros simplemente no la publicaban.” Lloreda era hijo del dueño del País, en aquel entonces hacía de editor y escribía columnas para el periódico. Cansado de las peleas de feudos y con el peso de las directivas sobre él, Gardezábal se encontraba en problemas y con una oportunidad.

“Me echaron de El País y me echaron de Occidente” dice con cierto tono sarcástico que lo distingue. En el diario antioqueño conservador El Colombiano, escribió una columna por más de 20 años. Habló desde literatura hasta de los presidentes; de los senadores y de los alcaldes, de las regiones y los problemas del país. Buscaba y encontraba en todas partes las historias que la gente no sabía, pero de las que él encontraba con su olfato y habilidad, se contaban y se escribían todas las mañanas.

Su trabajo en El Colombiano terminó por consolidarlo como un hombre de peso en la vida política nacional. El país entero esperaba impaciente lo que tenía para decir.



Las máquinas de escribir cambiaron por micrófonos. Los reportes escritos pasaron a ser guiones. Ahora el sonido era parte de su vida. Las ondas de su voz rompían los muros del país en el programa radial más escuchado en Colombia: La Luciérnaga. Su tono sarcástico, y sus comentarios ácidos y acertados, lograron que la figura de Gardeazábal fuera recordada en cada rincón que se escuchara el programa.

Con el tiempo y debido a problemas cardiacos, no se pudo permitir hacer el programa desde Bogotá. Pero su peso en el programa ya era demasiado. Caracol adecuó entonces en su casa en Tuluá, una cabina para poder seguir haciendo parte del programa. Pero esa manía de cantar verdades a los poderosos no se la quitaron en la prensa y mucho menos en la radio. Cuando hizo una serie de críticas al gobierno de Juan Manuel Santos, comenzaron los problemas. Al final, lo sacaron.

Desde este momento el hombre más informado del país, como se le llegó a llamar, emprendió camino con su compañero de trabajo Hernán Peláez, con

quien ya había trabajado siete años en la Luciérnaga. Los micrófonos todavía no se van de su vida, no abandona el hacer radio, claro que ahora tiene otro nombre. De los micrófonos y las cabinas se suman las pantallas LED y las frases cortas: los computadores cambiaron la manera en que se relaciona con sus columnas, aunque no apaga su deseo para escribir. Ahora lo hace para el periódico ADN.

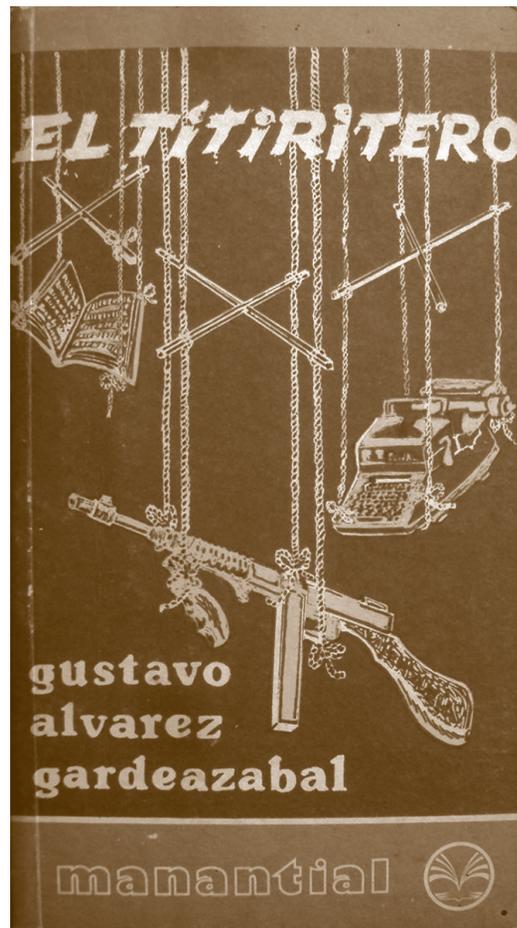
Hoy, su trabajo se transmite vía internet y sus columnas aparecen en su blog personal El Jodario y El Conversatorio, donde habla de deportes, de política y muestra su mirada crítica. A las cinco de la mañana comienza a prepararlo todo, igual que hace cincuenta años, ajusta sus tiempos, organiza su agenda. Planea con Peláez el programa, ordenan los temas y luego de discutirlo comienza la transmisión. Antes de terminar la mañana ya ha hecho un programa de radio, ha ordenado su columna diaria para ADN y los viernes escribe Las tres del tintero, que antes de las diez de la mañana, de manera casi sagrada cumple.

Gardeazábal agradece a las monjas Franciscanas que lo acompañaron en sus clases de escuela y que al no

verle habilidades en el dibujo o la música le inculcaron la disciplina de la lectura, “Me enseñaron la disciplina con la que he podido hacer mi vida, que sin disciplina no se puede escribir, ni se puede hacer todo lo que he hecho yo”, dice.

Siempre ha querido publicar sin que le caiga la censura. Ese placer lo ha venido a tener con las redes sociales. “Por lo menos me tocó, aunque sea en la vejez, pero me tocó”.

Hoy está sentado en la parte de atrás de su sala, en una silla alta y con un micrófono delante. Contesta con gestos, sonrisas y movimientos de delante hacia atrás. Habla de su vida. Mantiene sus manos arriba. Cuando escucha, las pone sobre su regazo y mira con atención a quien le pregunta. Habla de la vida del país, de su día a día por estos años en los que todas las mañanas se ha levantado con un texto en las manos. Sabe que la entrevista acabará y que deberá volver a su vida, esa en la que cada mañana al despertarse hay un programa de radio y una columna por escribir.







La extraña influencia de Gardeazábal

Camilo Jiménez*

En la finca El Porce de Gardeazábal abundan los animales. De cualquiera de las matas que rodean la casa, por donde han pasado presidentes y candidatos, escritores y periodistas, puede salir un pisco o un pato a escarbar la tierra.

Cuando Gardeazábal camina, lo hace con el ritmo ceremonioso que obligan los años. A cada paso gestícula como si recordara una historia que olvidara con el siguiente paso. Comienza a hablar mientras la finca retumba en sonidos: unos leves, como el tamborileo arrullador de los pájaros, otros fuertes, como los ladridos que interrumpen sus palabras.

La finca tiene una casa principal, grande y espaciosa, para platicar, otra pequeña y esmerada para almorzar con las visitas, cientos de patos ocultos a la espera

de ser mostrados, un gran árbol en la mitad. Todo demasiado puesto en su sitio.

Antes de iniciar la entrevista, una más de las cientos que le han hecho, Gardeazábal rompe el hielo hablando de sus achaques. Lo hace como quien describe un personaje, como quien presenta al humilde protagonista de una historia: sus problemas de oído, sus fallas cardiacas: “Tengo que hacerle honor a la familia donde todos se han muerto del corazón”, le dijo en una entrevista al veterano periodista Édgar Artunduaga, a quien él mismo reemplazó en La Luciérnaga.

Y el personaje comienza a ver hacia atrás.

Gardeazábal poco recuerda de su infancia, y por eso no aparece en sus libros. “No tengo personajes ni-

* Egresado del programa de Comunicación Social – Periodismo de la Universidad del Tolima

ños, sin embargo mis personajes adultos viven en el mundo que yo viví en mi niñez”, dice. No recuerda su infancia, pero recuerda lo que le contaban. Que su abuelo, dueño de la Librería y Tipografía Minerva se moría de hambre porque por entonces nadie sabía leer; que a los nueve meses ya estaba hablando, haciendo frases sueltas, y que a los ocho ya estaba caminando, dando dolores de cabeza. Recuerda, o cree recordar, la colección del Libro de Oro de los Niños que le regaló su mamá a los 6 años: seis tomos con toda la historia, literatura y ciencia que un niño pudiera entender.

Como en el colegio salesiano donde estudió no había casi libros, alguien le cedió algunos que le abrieron la puerta a otro mundo. “Los otros jóvenes pichaban o bebían, yo leía”, dijo. Y así terminó el bachillerato a los 17 años, luego de organizarle algunas huelgas a los salesianos. Su papá lo mandó a estudiar ingeniería química en la Bolivariana de Medellín, pero rápidamente entendió que no era lo suyo. Escribió, como uno de sus primeros arrebatos de desacato, Piedra Pintada, un texto en el que se burlaba del rector de la

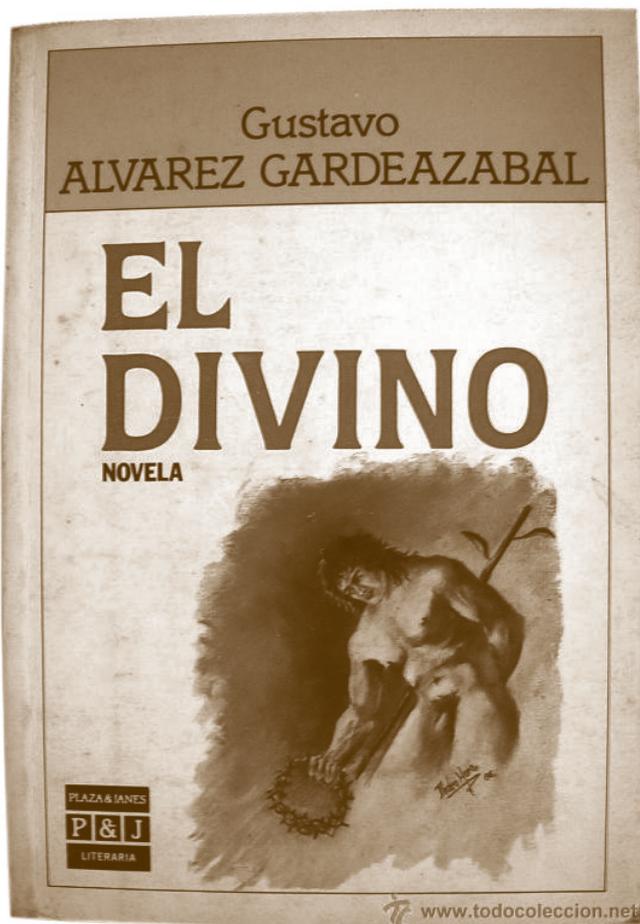
universidad, monseñor Félix Henao Botero. Lo hizo para que lo echaran, y lo logró. Se devolvió a estudiar Letras en la Universidad del Valle.

Luego de obtener su licenciatura, y con apenas 24 años, escribió *Cóndores no entierran todos los días*, su libro más conocido, y el mejor hasta ahora. Casi medio siglo después de que en la entonces aún más fría ciudad de Pasto, escribiera ese portento de novela prosada sin diálogos, ágil como bandolero en la noche, sigue leyéndose y estudiándose.

Luego de años, esa historia de bandoleros sigue siendo una de las mayores novelas colombianas de La Violencia (en Colombia llamamos a esa violencia La Violencia para diferenciarla de tantas otras). Un relato en el que chulavitas y pájaros quedaron pequeños: “Pues si la amenaza son los pájaros, a lo que nos enfrentamos es a un cóndor”. Y así se bautizó para siempre a León María Lozano.

El gran acierto de *Cóndores no entierran todos los días* es que supo salirse de la hasta entonces fórmula faci-





lista de denunciar las bondades de un bando frente a los horrores del contrario. León María Lozano no solo fue un victimario, sino una víctima. Un quesero conservador en un pueblo liberal, hostigado por el asma y por el miedo a morir sin su familia al lado. Cualquier persona compartiría sus miedos.

Con esa entrada se abrió paso en la vida pública. Docente universitario, concejal, alcalde, gobernador, incansable periodista y consuetudinario opinador de lo divino y humano. La influencia de Gardeazabal se ha extendido durante décadas y se proyecta, con su obra literaria, durante mucho tiempo más.

Dice el escritor Edgar Collazos que Gardeazabal cerró cada ciclo de su vida con un libro: el de la Violencia lo cerró con *Cóndores no entierran todos los días*; las revueltas de su vida universitaria con *El titiritero*; el de su alcaldía de Tuluá y de la influencia del narcotráfico con *Comandante Paraiso*; el de su perenne pelea con la iglesia católica, con *El Divino* y con *La misa ha terminado*, entre otros más.

Además de escritor y político destacado, Gardezabal también ha sido un destacado periodista. Luego de salir de la cárcel por un delito que negará toda su vida, Hernán Peláez lo llamó para que fuera el nuevo analista político de La Luciérnaga, uno de los programas más escuchados en la radio del país.

Fue una forma mucho más directa de seguir estando presente en la vida pública del país. “A mí me llegó el micrófono cuando la gente dejaba ya de leer”, comenta. Desde el estudio de Caracol Radio, instalado en su propia finca, terminó por materializar el rumor de que era el poder detrás del poder. Los dueños de siempre del país, y los que transitan por el poder, hacen fila para irlo a escuchar.

Luego de su intempestiva salida de La Luciérnaga, según él por orden presidencial, perdió una parte del altavoz que poseía; sin embargo, continuó teniendo una influencia extraña. No tiene cuotas políticas aparentes ni riquezas exageradas ni un poder palpable, pero lo consultan los poderosos con una reverencia que desconcierta. ¿De dónde viene esa influencia?

Probablemente de ser uno de los hombres mejor informados del país, dicen muchos, o de aparentar serlo. “El poder reside donde los hombres creen que reside: ni más ni menos”, dice un personaje de Juego de Tronos. Gardezabal es influyente porque todo el país presiente que sabe cosas que otros no. Puede que solo aparente saberlas, pero al final de los almuerzos de todas formas las sabrá.

Sus análisis son tan preciados que el exprocurador Alejandro Ordoñez, lefebvrista radical, no tiene problema en conversar con él, ateo anticlerical. David Barguil, del Partido Conservador, se podría encontrar a la salida de la finca El Porce con Jorge Enrique Robledo, del Polo Democrático, quien apenas vendría entrando.

Su relación con otros escritores también ha sido importante. Mientras era profesor de la Universidad del Valle, trajo a Colombia a Juan Rulfo, a Mario Vargas Llosa, a Manuel Puig, a Camilo José Cela, entre otros más. Fue amigo y la primera persona en publicar a Andrés Caicedo, sobre quien dice haber tenido un

Gustavo Alvarez Gardeazábal

EL ULTIMO GAMONAL

NOVELA



PLAZA & JANES

P & J

LITERARIA

influjo grande en su formación. Así mismo guarda un respetuoso silencio sobre él, pues dice que si hablara se caería la imagen que han creado sobre Caicedo. “Yo tengo unas cinco cartas que él me escribió que tal vez algún día queme porque sería lo mejor”, dice.

Su tendencia natural a la polémica y a la pugna puede que venga de la represión con la que un homosexual debió crecer en un colegio salesiano, o de un sentimiento primigenio de inquietud que no lo dejó llegar aún más alto en la política. Se siente orgulloso de haber fustigado toda su vida a la clase dominante a la que él mismo pertenece y lo seguirá haciendo mientras pueda.

Actualmente, con menos energía y más achaques, escribe columnas diarias y hace un programa online con Hernán Peláez. Recibe menos visitas y pareciera que renunciara a su influencia. Ahora se concentra en escribir y en conversar sobre su obra. Gardeazábal es vanidoso y sabe que con *Cóndores no entierran todos los días* ya pasó a la Historia. Su influencia franqueará los años. “Tal vez esta historia no sea una novela sino la verdadera historia que solo nos dejan escribir a los perdedores”, escribió en 1984 sobre su libro más famoso. Seguramente será así. Gardeazábal parece ganar siempre.



“A ellos les gusta hablar con el que los abofetea”

Neyder Ismael Pérez Moreno*

Pocos colombianos han demostrado tener tantas cualidades y ser exitoso en tantos ámbitos como Gustavo Álvarez Gardeazábal. Es una de las figuras más importantes de la literatura latinoamericana gracias a su novela *Cóndores no entierran todos los días* y una veintena de obras más; como político, fue concejal, alcalde de Tuluá y alcanzó la Gobernación del Valle con nada menos que 700.000 votos en las elecciones de 1998, y como si fuera poco, es uno de los periodistas más influyentes del país.

Gardeazábal, desde El Porce, la finca a las afueras de Tuluá, donde vive y sueña y escribe y tiene su propia cabina radial, transmite en directo sus columnas: Las tres del tintero y El Conversatorio que realiza con Hernán Peláez. Desde cuando escribía columnas en El Colombiano, con tan solo 21 años, Gardeazábal

ha hecho de cantar verdades uno de sus mejores oficios. Es un protagonista de la opinión pública nacional, y hoy, con 72 años a cuestas, sigue empeñado en opinar y mostrar el criterio que ha forjado a lo largo de su vida en medio de las historias de la Violencia, la religión y la corrupción.

Quizá por ello, en este país, los más encopetados políticos, los más exitosos empresarios, las más encumbradas autoridades de la iglesia y hasta la gente del común, esperan días y meses un espacio en la agenda del periodista, para concluir con un viaje apresurado hasta el Corazón del Valle, en la búsqueda de un consejo para el porvenir de sus proyectos y negocios. Gardeazábal no sólo tiene una capacidad de análisis incomparable, sino una generosidad del mismo porte. Aconseja a todo aquel que toque las puertas de su

* Estudiante del programa de Comunicación Social – Periodismo de la Universidad del Tolima

casa. “La gente no se da cuenta de lo que yo me doy cuenta, sucede que tengo una capacidad de observación muy agudizada que la he aumentado con el paso del tiempo y esa capacidad de observación la meto en algo que llaman algoritmo. Mi cabeza siempre tiene algo y lo saca, pero mete otra cosa, es por eso que me puedo anticipar a lo que van a hacer”, dice.

Todo comenzó aparentemente en el año 2001, después de que el escritor salió de la cárcel por ese asunto de la venta de una escultura. Para aquella época, en las calles de Tuluá se rogaba por la liberación del que fuera dos veces su alcalde, y aunque muchos de sus seguidores han querido poner el tema sobre la mesa, Gardezabal responde siempre: “Nada más harto que odiar”. Este es sin duda un capítulo que borró de su mente. Desde entonces, las filas para escuchar sus consejos son interminables.

Desde contralores, fiscales, generales, expresidentes hasta los mismos presidentes, esperan esa invitación para almorzar, para reír o para hablar de esos asuntos en los que siempre andan. “A ellos les gusta hablar

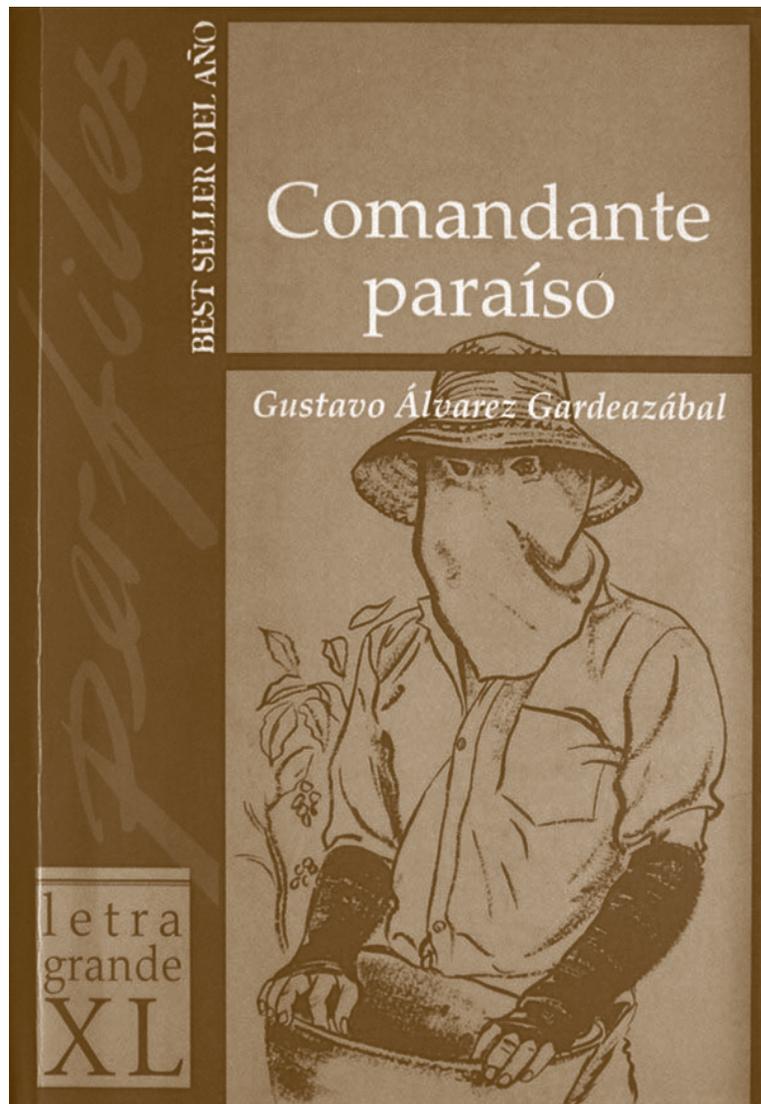
con el que los abofetea”, dice y sonrío. “En estos días alguien dijo que vendría. Le advertí que apenas llegara a la puerta, yo le iba a decir ¿Usted qué hace aquí? Usted se va a caer por tal cosa. Efectivamente el tipo llegó y se lo dije ¿Usted que hace aquí? Hombre, ¡qué bueno que hayas venido!, te van a echar, ese balance tuyo no tiene nada qué hacer”. Se trataba del presidente de una poderosa empresa. Pocos días después lo despidieron.

Gustavo Álvarez Gardezabal parece un adivino. Las cosas que dice que pueden ocurrir, ocurren, como si se tratara de un poder sobrenatural que juega bien con su porte misterioso y el tono de su voz enérgico y sólido. La gente rumora que en su hacienda tiene algo parecido a un consultorio de gurú, en donde sin uso del péndulo, sin el poder atribuido de las cartas del tarot, la lectura de manos o el tabaco, logra adivinar el futuro de los políticos y empresarios. “No soy adivino, resulta que lo que digo tiene que pasar por las razones bien observadas. La habilidad que tengo me ha permitido adivinar de todo, menos los números del baloto”, y vuelve a sonreír.



Tiene que tratarse de esa capacidad natural relacionada con la intuición, de lo contrario, los jerarcas de la iglesia se hubiesen negado a la posibilidad de presentarse ante la vistosidad de las casonas de El Porce. Con eso de que Gustavo es un mago, los obispos, curas, cardenales, monseñores y arzobispos, se hubiesen guardado esas confesiones que soltaron en medio de patacones vallunos. Porque Gardeazábal no tiene que poner un pie fuera de casa para encontrar las noticias y el secreto lo ha dicho: “Tengo una red nacional de informantes. Me la he pasado ayudándole a mucha gente y todos me llaman y me cuentan. Me entregan muchos informes y como viene tanta gente, pues entonces los nexos se van aumentando en una cadena interminable”.

Sin embargo, no se ha ganado pocos antagonistas. Lo que ellos olvidan es que Gardeazábal puede ser un peligrosísimo enemigo. No porque intente hacerle daño a nadie, sino porque es un maestro en eso de cantar verdades en la cara. Lo verán inerme, alejado de la civilización y de las



fiestas bogotanas, pero nunca indefenso. Para suerte de ellos, Gardeazábal considera que una de las ventajas de conocer las computadoras, es la habilidad que ha adoptado de ellas para oprimir la tecla *Delete* (borrar). “Esa es la memoria. Mientras uno envejece todos los malos recuerdos se borran. Yo no recuerdo ninguno de los malos momentos de mi vida, porque uno tiene la capacidad de ir escogiendo con qué elementos se queda y con ellos juego”. Gracias a esa capacidad, hoy puede cruzarse con Ana Mercedes Gómez, la exdirectora de El Colombiano, que lo echó del periódico, y darle un abrazo.

Pero los abrazos y los apretones de mano han sido también regalo para personajes como William Vélez Sierra, uno de los diez hombres más ricos del país, los ejecutivos de Sura, Argos, Ardila Lülle, Santo Domingo y Sarmiento Angulo. Por el camino de peregrinación estuvo Bernardo Quintero, el expresidente de Carvajal; David Barguil, quien fue presidente del partido conservador; el experto en negocios Juan Guillermo Londoño, quien tuvo la presidencia de Celsia, los exmandatarios Álvaro Uribe Vélez y Juan Manuel Santos. Aunque, a quien con seguridad no

puede olvidar, es a Jaime Lara, el político retirado que, según Gardeazábal, exige que le sirvan siempre un atollado tulueño.

Tiene muchos amigos en Tuluá, pero cada vez se aleja más de su pueblo: “Sé que no me van a valorar. Me han hecho el vacío en muchísimas oportunidades y yo me les he impuesto. Entonces, como ya me les impuse, no vale la pena gastarle más tiempo”.

Lo más seguro es que las críticas sigan lloviendo sobre el tulueño, pero en lugar de convertirlo en un hombre repelente y egoísta, Gardeazábal se ha mantenido como un notable y amable consejero con las manos tendidas a quien lo necesite. Tiene ya su cabello grisáceo, pero su espíritu permanece inmanejable, incierto y extraordinario. Gustavo no se ha perdido, ni ha sido olvidado, reposa en medio de árboles, cañas y orquídeas, reunido con sus animales, gallos, gansos, gatos, perros, mientras espera a la próxima víctima de sus verdades.



“Cada vez me alejo más de Tuluá”

Por César Augusto Gutiérrez Lozano*

Cabello blanco, piel curtida por los fuertes rayos de sol que azotan al Valle, ojos cansados y sonrisa viva. Así es el hombre que prefirió borrar de su vida los recuerdos que considera malos para el espíritu y el cuerpo. Sentado, con las manos entrelazadas y los pies sin rozar el piso, Gustavo Álvarez Gardeazábal, sin añoranza, como un niño sonriendo a su madre, habla de los momentos que vivió. Sus ojos caminan junto a cada palabra que sale de su boca hacia los oídos de quienes escuchamos.

Afuera los perros ladran, las chicharras cantan al sol de la media mañana y los gansos buscan por el patio alguna persona que les de comida. Entre los pequeños pliegues de piel que marcan las expresiones del rostro de Gustavo, no hay espacio para la tristeza, tampoco hay algún asomo de ira o arrepentimiento.

Por el contrario, sonrío, toma agua y clava su mirada en algún punto fijo de los jardines que hay en la casa:

— Yo no me arrepiento de nada, si la cagué, la cagué— refiere demostrando que solo tiene espacio en su mente para todo aquello que lo ha logrado hacer feliz.

Se pensaría que este valluno de 72 años tiene una relación tan grande con su territorio como la tuvo alguna vez con su abuelo. Recuerda la hacienda en su infancia, los viajes a Cali a ver a monseñores y cardenales, los regalos que le daban en su infancia. Y sin embargo, cada vez se aleja más de Tuluá.

— Aquí en mi casa estoy bien, pero en Tuluá no. Sin embargo, allá tengo una casa única y exclusivamente

* Estudiante del programa de Comunicación Social – Periodismo de la Universidad del Tolima

dedicada a sostener mi comunicación, porque aquí no entran señales telefónicas. Para poder transmitir, tengo una antena en la terraza de esa casa, que trae la señal a esta loma, es para lo único que sirve esa loma—. Y vuelve a sonreír. Sus visitantes le devuelven otra sonrisa. —Bajo la señal a mi pieza, que es mi oficina, y ahí puedo transmitir sin problema desde el computador— agrega.

El sol ya quema los tejados de paja de algunas cabañas que rodean la casa principal de la finca El Porce, donde Gardeazábal pasa sus días enteros cuidando sus animales, leyendo, escribiendo o esperando alguna visita desde cualquier parte del mundo. Siempre dispuesto a ayudar, a defender los derechos, a expresar su inconformidad contra todo aquello que afecte al ser humano, sin importar su condición social y económica, o a algún estudiante para que revise sus textos.

Desde que empezó a caminar y pronunció la primera palabra, Gustavo no ha dejado de aprender, de hablar y de enseñar.

— Desde ese momento estoy mandando con el conocimiento, con la información—. Sonríe volviendo su vista al jardín, toma un sorbo de agua y continúa.—Tengo las piernas garetas porque caminé desde muy temprano, pero era más anormal que hiciera frases enteras y hablara de corrido. No preguntaba, siempre afirmaba y eso sí que era síntoma de demencia infantil. Ya me cogió la vejez y sigo en las mismas.

El ruido de las chicharras y el ladrido de los perros rememoran a tierras lejanas y solitarias, al sol castigador, el viento fuerte y a los amaneceres eternos, a una mañana en el Valle.

— He sido un lector ávido— continúa Gustavo, acompañando con su voz esa suave mañana de junio. —Mi madre me enseñó a leer en una tabla de una cama, escribiendo con un carbón con los que asaban arepas. Aprendí a leer de corrido, tirado en el suelo, en esos periódicos que desteñían, con los codos bien negros. Sigo leyendo, mientras pueda, lo seguiré haciendo pese a que ya los sistemas espantan la lectura, pero no las pantallas.



Las pocas arrugas que surcan el rostro de Gustavo se marcan con más fuerza cuando sonrío, delatando el origen de grandes carcajadas. En su vida de palabras que se acercan a las 30 obras, ha escrito de su tierra, de la Violencia, la injusticia.

— Las monjas franciscanas del colegio donde estudié, me enseñaron la disciplina con la que he podido hacer mi vida. Sin disciplina no se puede escribir, ni se puede hacer todo lo que he podido hacer en mi vida. Esas monjas no me presionaron con la religión, no la generaron como estorbo ni como castigo. Vieron que no tenía ninguna habilidad ni para el dibujo ni para la música, pese a ser hijo de mi madre, que era pintora y era violinista; ellas no me forzaron hacia ese lado, pero me pusieron a pensar y a leer.

Fue la palabra y la escritura la que le enseñó acerca de la resistencia.

— En Medellín estudié Ingeniería Química a la brava, hasta que inventé la fórmula de salirme: escribí un

GUSTAVO ÁLVAREZ
GARDEAZÁBAL



Las mujeres
de la
muerte

LITERATURA MONDADORI

libro contra el rector, Monseñor Félix Henao Botero, que se llamaba en la novela, el Cacique Banda Roja, porque era un Arzobispo y ellos usaban una banda así. Obviamente al otro día que repartí el libro me echaron, con todo derecho. Entonces me vine a estudiar letras a la Universidad del Valle. Eso no fue ni una novela ni fue nada, era una forma de poder pelear, que es lo que he hecho toda la vida.

Aprendió en la Universidad del Valle de grandes maestros como Kurt Levy, el francés Jean Bucher, John Newbauer y tuvo como director de tesis al profesor Walter Langord, quien fue decano de literatura en la Universidad de Notre Dame, en Indiana y experto escritor de la revolución mexicana, donde Gardeazábal trabajó la novelística de la Violencia en Colombia, hecho que dio paso para escribir *Cóndores no entierran todos los días*.

— Supe muy bien que yo soy fruto de la disciplina. Supe muy bien qué clase de novela tenía que escribir para que pasara.

Sin asomo de orgullo en sus expresiones, sin creerse más que nadie y con una sonrisa amistosa agrega:

— Están en presencia del único escritor vivo en Colombia que hace 48 años publicó un libro que se sigue publicando permanentemente, lo siguen estudiando y cada vez encuentran más cosas.

Como escritor, Gustavo aprovecha su territorio, su cotidianidad, las personas con las que se cruza durante la vida, para así nutrir de historias las páginas que alguna vez fueron vírgenes vestidas de blanco y ahora tienen sobre sí mismas la palabra, la mayor arma que ha obtenido este hombre durante su vida.

— Mis libros son historias tomadas de mi vida; lo que pasa es que la constitución del 91 nos prohibió usar nombres propios en actitudes propias. Las novelas mías antes del 91, tenían personajes de la vida cotidiana. A algunos yo los mataba y después me los encontraba en la calle y me decían Me mataste, ¿no? Me gané más de un carterazo— Y vuelve a sonreír.

De Gardeazábal no es fácil escribir, se pueden llenar cientos o miles de páginas con sus historias, con su vida, con su trabajo. Es un gran humanista, de los pocos que quedan en el país y de los que no se han atrevido a matar o echar a correr a otros continentes. Pero es poco lo que se sabe del niño que fue y del que le dio vida a Gustavo Álvarez Gardeazábal.

Algo nos dice que en su infancia no le fue bien. Algo de su mirada penetra los ojos de sus acompañantes y escudriña todas las expresiones ajenas, para no dejar escapar emoción alguna o detalles de lo que fue esa etapa de vida cuando muchos recuerdan el primer día en el colegio, el primer amor, el primer beso, el primer día que aprendimos a montar en bicicleta.

— A esta edad uno tiene una gran ventaja. Mientras uno envejece todos los malos recuerdos se borran. Yo no recuerdo ninguno de los malos momentos de mi vida, porque uno tiene la capacidad de ir escogiendo con qué elementos se queda y con ellos juega.



El legado de un padre

Por **Yisseth Prieto***

En 1932, y luego de ser excomulgado por monseñor Miguel Ángel Builes, Evergisto Álvarez Restrepo, paisa de racamandaca, tuvo que irse a Barrancabermeja, a trabajar en la Troco, la empresa que inició la explotación de petróleo del país. Tras siete años de pagar sus culpas, llegó al Valle, a Riofrío, a trabajar en unas tierras donde cultivaban arroz. En menos de tres años y gracias a su habilidad, ya manejaba y negociaba la compra de los camiones en el que se transportaba el cereal. Poco a poco fue juntando dinero para ir comprando lo que hoy es El Porce, una finca ubicada a pocos kilómetros de Tuluá, a orillas de la maravilla exorbitante del río Cauca.

Trabajando allí conoció a María Gardezabal Rodríguez o, como la llamaban en esa época, misia Maruja.

Tuluena, militante del catolicismo y, para Evergisto, una mujer que perseguía protestantes con un tizón encendido. Se la encontró gracias al padre Nemesio Rodríguez¹, pues fue él quien lo envió a donde Maruja para que la ayudara a trastear unas cosas que necesitaba, e instaurar una inmaculada estilizada a la salida de Tuluá. “El señor fue, le hizo el favor y se casaron dos años después, en el año 44, el 31 de octubre. Yo soy el mayor, yo nazco un año después, el 31 de octubre de 1945”, cuenta uno de los más reconocidos escritores colombianos: Gustavo Álvarez Gardezabal.

Desde pequeño, Gardezabal veía a su padre leer el periódico bajo la luz de una lámpara. La imagen se quedó grabada en su alma. “En mi casa, mi padre, como era autodidacta, leía periódicos, uno liberal y

* Estudiante del programa de Comunicación Social – Periodismo de la Universidad del Tolima

1 Sacerdote inspiración de algunos personajes de la obra de Gustavo Álvarez Gardezabal.

el colombiano conservador; entonces yo, pues traté de imitar seguramente a los que leían”. Poco tiempo después, ya acompañaba a su padre leyendo de corrido los periódicos, siempre tirado en el suelo y con los codos negros, manchados por la tinta.

Evergisto se sentía feliz de ver en su hijo algo más que un futuro agricultor. Siempre reconoció su talento para cualquier cosa que no fuera este oficio. “Mi padre dijo, aquí no vamos a seguir en el cuento de la agricultura, el agricultor siempre será pobre, aquí hay que cambiar y usted bien inteligente que ha salido, pues se va a estudiar una cosa que rinda para hacer industria” y envió a Gardeazábal a presentar el examen de admisión en la Universidad del Cauca.

“Apenas fui al primer examen le dije a mi padre, aquí no hay chance de entrar. Uno es un pobre montañero. Así saque 100 no me reciben. Aquí no vienen a hacer cosecha de gente de paz”. Su padre no perdía la fe y lo despachó a la brava hacia Medellín, donde sacó el segundo puesto en la Pontificia Bolivariana para estudiar Ingeniería Química. Así lo hizo y fue

mucho tiempo más tarde que supo que había obtenido el quinto mejor puntaje en la Universidad del Cauca.

En Medellín comenzaría a escribir. Quería irse de la universidad y escribió Piedrapintada, un texto contra el rector Monseñor Félix Henao Botero que le valió la expulsión. La edición la pagó Evergisto: “Él la pagó y me pagó todo toda la vida. Era un alcahuetas y yo no tuve que disfrutar de enfrentamientos con mi padre. Él dijo, si este muchacho, el inteligente de la casa, es el que va a cambiar esto, pues lo hacemos” dice Gardeazábal y una sonrisa de orgullo aparece en su rostro.

Y es que fue Evergisto el que lo sumergió en el mundo de los libros: de pequeño le regaló El libro de oro de los niños que Gustavo devoró por completo. Fue Evergisto el que lo impulsaba a leer y a escribir. Fue Evergisto el que pagó la edición del primer libro. Fue Evergisto el que lo trajo nuevamente al Valle a estudiar Letras. Fue Evergisto el que se llenaba de orgullo cuando las primeras columnas de su hijo comenzaron



a aparecer en El Colombiano, cuando Gustavo tan sólo tenía 20 años. Desde entonces no había en casa un periódico diferente. “Por eso era alcahuetas conmigo. Yo sabía lo que lo llenaba a él de orgullo”, dice Gardezabal mientras vuelve a sonreír.

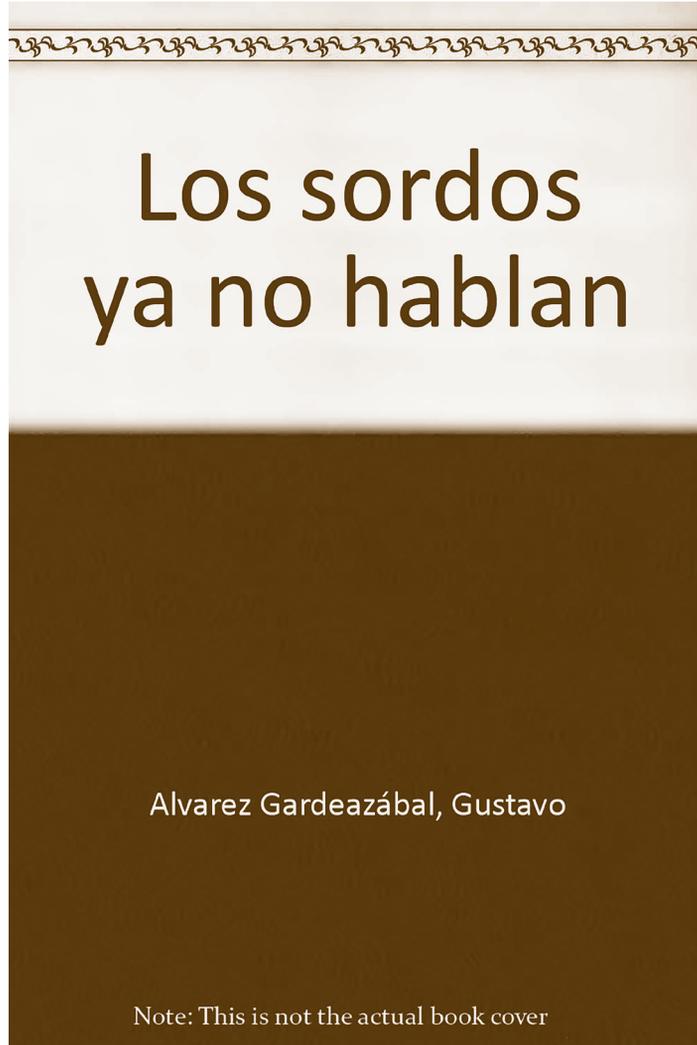
“Mi padre era una persona impetuosa, no le tocó educación, mientras sus hermanos varones pudieron ir al seminario de Santa Rosa. Los de la primera tanda porque tenían plata y los de la segunda, porque el hijo mayor ya tenía con qué pagarles. Mi papá estaba en la mitad, entonces para él no hubo sino primaria, segundo de primaria, pero fue un autodidacta”, cuenta.

Sin embargo, para una persona obstinada como Evergisto Álvarez, al que nada le quedaba fuera del alcance, para todo le alcanzó. Siendo un conservador ospinista, logró llegar a ser presidente del concejo municipal, y aun así se opuso a que Gustavo fuera político porque consideraba que en este oficio se desperdiciaba inteligencia. Y no estaba muy equivocado.

A Gustavo y Evergisto lo unían el gusto por la lectura, por la política, esa manía de querer ayudar y

hasta la admiración por la Madre Laura. A Gustavo le interesaba su carácter y su personalidad, a Evergisto, la fuerza de haber encarado a monseñor Builes por perseguir liberales.

Gardezabal habla de su padre sin tristeza en la mirada. Sabe que la fuerza de ese paisa le alcanzó para ser lo que ha sido en la vida. Hoy, en Colombia, todos hablan de Gardezabal el escritor, de Gardezabal el periodista, de Gardezabal el político, de Gardezabal el opinador, de Gardezabal el influenciador, de Gardezabal el intelectual, de Gardezabal el hombre que ya inscribió su nombre en la historia. Sin embargo, pocos saben que fue ese hombre paisa, excomulgado y verraco, a quien tanto amó Gardezabal, el que ayudó a construir su vida.



Los sordos ya no hablan

Alvarez Gardeazábal, Gustavo

Note: This is not the actual book cover



El pajarito de Gardeazábal

Por Arlovich Correa Manchola*

El 1 de agosto de 2018, Hernán Peláez y Gustavo Álvarez Gardeazábal grabaron el último conversatorio radial luego de tres años de aventura en medios digitales. Habían hecho el programa radial La Luciérnaga hasta que los sacaron “por orden del presidente Santos”, pero ahora salen del aire por motivos “que no podemos explicar”, dicen. Su salida coincide con el triunfo del “populista de derecha”, como llama Gardeazábal al presidente Iván Duque. El programa tiene, un mes después de su “emisión”, 6500 reproducciones. Menos que las de cualquier canal de YouTube de un joven millennial, pero más de las que pueda tener intelectual alguno en Colombia.

Apenas un mes después del cierre de su conversatorio con Peláez, Gardeazábal ha lanzado su libro “Las guerras de Tuluá”, ha escrito su tuit número 56.950,

ha leído su columna diaria, ha respondido debates y le ha jodido la vida a más de un poderoso desde su perfil y página de El Jodario.

Gardeazábal es, ante todo, un comunicador. Desde muy joven en la Universidad del Valle, creó su propio tablero de anuncios con vidrio y candado para escandalizar sin censura y armar peleas, una de las cosas que más le gusta hacer después de alimentar a sus gansos egipcios. A su tablón de anuncios sumó grafitis, columnas, panfletos. Pero en los novísimos tablores de Internet también se mueve con sigilo: trollea aquí y allá, editorializa, manifiesta, argumenta.

Tuitea, dialoga en contrapunto con Peláez, lee en voz alta sus textos, hace videos, narra. Las emisoras de provincia lo amplifican gratis. El día en que el poder bogotano lo censuró en Caracol Radio, encontró

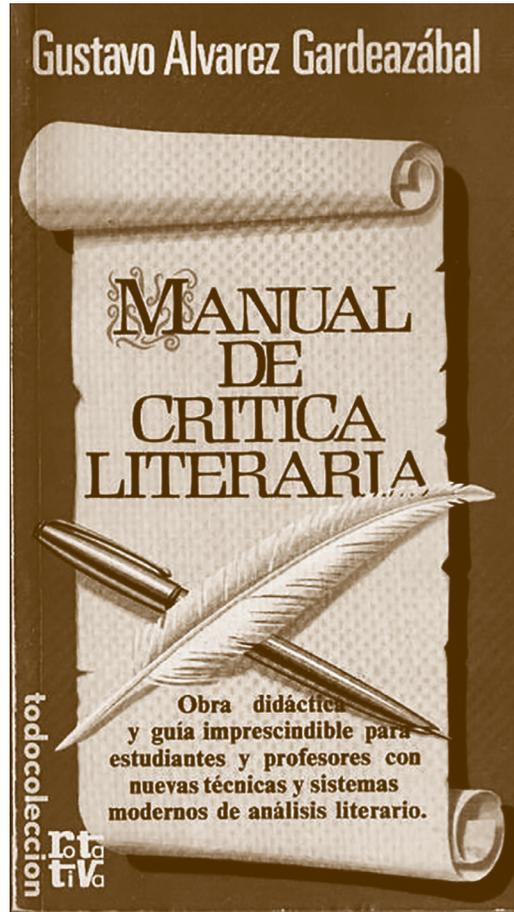
* Docente del programa de Comunicación Social – Periodismo de la Universidad del Tolima



audiencias expandidas en sus viejos lectores de “Cóncores” y en los jóvenes escuchas de la radio y lectores de las redes sociales. Si bien creció con los libros que atesora en El Porce, Gustavo Álvarez ha devenido en un intelectual mediático. Tiene Twitter, página web, cuenta en Spreaker, canal de Youtube, columna y emisora virtual. Es un migrante digital que ha escrito 57 mil tuits desde el 2012, para sus casi 70 mil seguidores.

Ahora que en las redes sociales interactuamos en burbujas de opinión, Gardezabal se ha construido la suya. Se llama “El Porce”, y está llena de gansos exóticos, árboles traídos del Amazonas, orquídeas salvajes. A orillas del río Cauca se hizo construir una casa para soportar una antena de radio que le lleve la señal a la habitación. La radio es como su juguete favorito, pero él juega como un niño grande: con disciplina religiosa. Todos los días madruga a conectarse con el mundo: a través de la radio, pero también de Internet. Es el primer youtuber de más de 72. El escritor consagrado que más interactúa con su público y que no se cansa de construir nuevas audiencias para sus entusiastas diatribas.

Este comunicador conectado con el devenir global vive a gusto en la provincia, pero siempre está en el



centro del debate público. Sabe que el centralismo bogotano o “la civilización paisa” con su metarrelato del emprendedor exitoso, han jodido a Colombia. Por eso se ha inventado “El Jodario”, para causar escozor desde su jardín tropical y resguardarse de los feroces ataques de sus detractores (tan feroces se adivinan, que cerró su programa radial con Peláez seis días antes de la posesión del nuevo presidente colombiano).

Gardeazábal viene de abuelos libreros y autodidactas. Aprendió a escribir con los trazos del carbón en una tabla, y aún continúa experimentando con las superficies y los formatos. De su primer aprendizaje de la cultura letrada, queda la obra que los jóvenes bachilleres seguirán leyendo durante muchos años: Córdones no entierran todos los días. De su más reciente búsqueda expresiva, quedarán las resonancias crossmedia de sus columnas, conversaciones, posts y trinos.

Cada mañana, Gardeazábal, que se dedica con fervoroso cuidado a sus gansos exóticos y que se hizo célebre por un cóndor, el más grande de los pájaros de los años cincuenta, alista la pluma de su tintero para hacer trinar su pajarito mañanero y, como desde hace más de cincuenta años, poner a pensar al país.



La muerte y el anarquista

Por: Ricardo Cadavid*

La Muerte conocía muy bien este paraje: La carretera, cubierta por una nieve negra que dejaban las quemas de caña de los grandes ingenios azucareros. El sol picante sobre el asfalto como si quisiera derretir la existencia de todos los habitantes de la tierra. El portón grande, amplio, imponente, con el letrero en forja ya oxidado que presagiaba la grandeza de otros tiempos: Hacienda El Porce.

Sin duda ya no era el enorme latifundio de antaño, pero conservaba vestigios de su antigua grandeza que atestiguaba una época de sembrados de arroz, de faenas completas de decenas de trabajadores que almorzaban a las diez de la mañana porque a las cinco ya debían acostarse a dormir, de paseos a la orilla del río, manso unas veces y fiero en otras, inundando la casa principal.

Sí señor, La Muerte conocía muy bien ese paraje, desde los oscuros tiempos de La Violencia que azotó al Valle del Cauca, cuando vino por primera vez a llevarse al niño Gustavito porque lo estaban esperando con ansias en el más allá, pero no pudo encontrarlo. Con su afilada guadaña y su ojo agudo miró a todos en el patio y preguntó:

— ¿Dónde está esa hermosa criatura a la que llaman Gustavo El hijo del paisa Álvarez?.

Un trabajador de la finca se apresuró a contestar:

— Señora, no es bueno que esté por acá sola a estas horas. Ya vienen los Pájaros, un cura vino a avisar que bajaban del Dovio. El patrón se marchó y dejó dicho que les mataran una vaca para que comieran esta noche.

* Director Fundación Abrapalabra y del proyecto Vida de palabras.

No era la primera vez que se le escapaba Gardezabal. Apenas con dos días de nacido, la oscura dama de negro había hechizado los pechos de doña María Gardezabal Rodríguez para que el vástago muriera al probar la leche materna. Como presagiando que había nacido un ser capaz de enfrentarse hasta con su propia sombra y de cazar peleas a diestra y siniestra, Gustavito tuvo que ser criado con colada de arroz, ese menjurje con que crían a los niños huérfanos, porque con solo tres días de nacido, ya le cazó pelea hasta a las tetas de su progenitora.

2

Sentada en el portón con su largo manto negro, recordó cuántas veces había tratado de llevárselo, pero siempre lo encontraba haciendo algo. Don ocupado, le decía. Cuando no estaba escribiendo para El Siglo, lo hacía para El Colombiano, o para El Occidente, siempre encerrado en su oficina o viajando al exterior para dar alguna conferencia, o pegándose una farra de esas que se recuerdan de por vida.

La vez que estuvo más cerca de atraparlo lo siguió hasta Manizales. Gardezabal llevaba mucho tiempo

estudiando vulcanología, geología y otras 'ías'. Como humanista estudiaba todas las ciencias. Durante meses estuvo advirtiendo en sus columnas de prensa que el Nevado del Ruiz se estaba descongelando y que se iba a llevar por delante al municipio de Armero.

Los paisanos de Caldas no escucharon y menos por esas fechas cercanas a la Feria de Manizales. Esas fiestas no se las iba a tirar un columnista fatalista. Cuando la Muerte llegó a "La Perla del Ruiz" en busca del curioso personaje, no lo encontró. Le dijeron que había viajado a ver como grababan las tomas de una película que estaban haciendo sobre una de sus novelas; entonces se llenó de ira y bajó como un torrente de color oscuro y piedras gigantes por una de las laderas del frío nevado. Llena de furia se llevó el pueblo de Armero con más de 20 mil personas, y entre ellos a Ramón Rodríguez, al que todos conocían como "Moncho" y que corría como un loco, megáfono en la mano, gritándole a la gente que se fuera, que salieran corriendo, que subieran a las partes más altas del pueblo, que la señora de las sombras venía bajando por el Chinchiná. Ya era tarde.

En otra ocasión, venía decidido a llevárselo pero encontró la casa atestada de gente. Gardezabal estaba atendiendo a unas señoras del barrio Meléndez que querían conocer al autor de “Cóncores no entierran todos los días”. Algunas de estas mujeres no habían siquiera terminado la primaria, pero estaban allí, con su librito en la mano para que el autor se los firmara. Estaban apretadas en aquel alargado salón donde Gardezabal recibía por igual a un congresista de alto turmequé o a un grupo de viejas en sandalias.

A Gardezabal le encanta hablar y La Muerte se sentó a esperar que terminara la dichosa charla. Se quedó dormida bajo el árbol frondoso y al despertar, no tuvo necesidad de preguntar nada. El escritor se había marchado hacía unos pocos minutos para dar unas conferencias en la Feria del Libro de Bogotá.

— ¿Cuándo vas a quedarte quieto Gardezabal?

3

A La Muerte le resultaba divertido que un ateo confeso tuviera un arraigo mariano tan pegado a la sangre.

A Gustavo le enseñaron desde chiquito a respetar a la madre Laura, y él, tan aparentemente ajeno de la religión, respetaba a esa monja matrona porque fue la única persona capaz de enfrentársele a monseñor Builes, el obispo de Santa Rosa, ese mismo que desde el púlpito animaba a la gente para que matara liberales, el mismo que pensaba que la minifalda incitaba la perdición, que la radio era un vaso comunicante del demonio, que el bambuco y el baile incitaban a la fornicación y que todo godo que asesinara a un liberal, tenía ganado un lugar en el cielo. El mismo monseñor Builes que, gracias a la tozudez de la hermana Nora de Jesús Gómez Vargas, teóloga de la congregación de Hermanas Misioneras de Santa Teresita de Jesús, fue elevado al santoral católico por el Papa Francisco y que desde el cielo de los santos católicos, un día de estos, se le escuchará cantar en medio de coros angelicales, esas hermosas frases que profesó desde el púlpito: “un campesino colombiano debe ser un soldado de Dios encargado de combatir el ateísmo liberal” o “los obispos que no defenestran desde el púlpito la apostasía roja no son más que unos perros echados”. Así son los simpáticos santos nacionales.



De Antioquia, de esa tierra de arrieros acostumbrados a fundar sus poblados en el filo de la montaña para poder huírle a la mierda y enviar sus desperdicios caño abajo, de esa tierra llena de beatas y de monjas y de curas, que aún después de muertos hacen cola en las puertas del Vaticano esperando su canonización, de allá provenía la familia paterna de Gardezabal. Una familia acostumbrada al trabajo duro, recio, y a las excomuniones, porque Monseñor Builes, además de organizar el partido conservador y perseguir a la madre Laura, se la pasaba ocupado excomulgando gente, y a la familia Álvarez le excomulgó al abuelo, al padre de Gardezabal, a un tío, a un loro, dos canarios, cuatro gatos y un campesino que pasó por El Porce a pedir trabajo, y eso que allí hasta las rosas rojas eran de un profundo azul de metileno y los niños al nacer recibían un billetico enrollado y sujetado con un cordón azul, como para que no quedara la menor duda de que en el Porce, hasta el loro era godo.

Con todo y lo ateo, el nacimiento de Gustavo Álvarez Gardezabal en esta tierra llena de forajidos que llevan más de 500 años huyéndole a los mosquitos, fue

un hecho mágico y casi sacramental que se le debe a la Inmaculada Concepción.

El padre de Gardezabal era una persona impetuosa, que no tuvo mucha educación porque en esas épocas solo podían estudiar los hijos mayores. Eran esos tiempos en que el hijo mayor usaba una camisa hasta que le quedara pequeña y luego se la pasaba al hermano siguiente y este la usaba por unos meses hasta que los puños de las mangas y el cuello estaban raídos, entonces se cortaban las mangas y el cuello se zurcía y se le entregaba al siguiente hijo, quién la usaba por unos meses y antes de tirarla, la partían en dos pedazos y como por arte de magia, de esa misma camisa cargada por el tiempo, nacían un pañuelo y un trapo cocinero. El padre de Gustavo Álvarez tuvo muchos pañuelos para secarse el sudor de la frente, porque era el más trabajador de sus hermanos, aunque para él, no hubiera tocado más que estudios de primaria.

Al poco tiempo de estar trabajando en El Valle, Don Santiago Álvarez se trajo a su hijo, hombre de poco estudio, pero con mucha fuerza y ganas de trabajar.

Este hombre, con solo dos años en la región, ya manejaba el camión en el que se transportaba el arroz y al año siguiente ya le estaba comprando el producto a los demás arroceros. Se convirtió en el intermediario para venderlo y ahí fue consiguiendo plata para comprar la Hacienda el Porce, que en esas épocas de antaño era un lago que mantenía inundada por el río Cauca.

Corría la década de los cuarenta y fue cuando a don Evergisto Álvarez Restrepo se le apareció la Virgen, literalmente. La hija de don Marcial Gardeazábal Cruz, el librero del pueblo, le dio por conseguir quién le donara una imagen estilizada de la Inmaculada Concepción. Quería ubicarla a la salida de Tuluá, donde hoy es el triángulo de la bomba Esso, frente a la fábrica de Levapan. En el pueblo, quien tenía el camión para transportar la preciada y divina carga era el señor Álvarez. Por recomendación del párroco casamentero de Ríofrío, fue a hacerle el favor a doña María Gardeazábal Rodríguez para transportar la sílfide y virginal carga. Le estuvo haciendo favores durante tres años, hasta que se casaron y de allí nació

el ateo de Gustavito, por pura y física gracia de la Inmaculada Concepción.

4

Mientras esperaba en el portón el paso lento de las horas, La Muerte recordó nuevamente al niño Gustavito. Fue un 31 de octubre de 1949 en la ciudad de Cali, en medio de un desfile del cardenal Clemente Mícada que venía a presidir el Congreso Eucarístico Bolivariano. Sentado sobre los hombros de su abuelo, el librero, vio pasar los carros negros y las filas de gente que arrojaban papelititos y serpentinas. En medio de la algarabía pasó el cardenal, con su atuendo negro y una enorme y larga capa roja que era sostenida por siete pajecitos que parecían una legión de ángeles desnutridos.

Esa tarde la Muerte no venía por Gardeazábal, el nieto, sino por Gardeazábal, el abuelo. Ese abuelo que emprendió el pésimo negocio de montar una librería en un pueblo donde la gente no estaba interesada en la lectura; el hombre que le enseñó las letras, que se las mostraba como patitas de mosca que el niño ga-

rabateaba con un palito usando los residuos del tizne del fogón donde hacían las arepas, el mismo amado abuelo que lo acompañó desde pequeño y le enseñó a caminar, ese abuelo sempiterno en la memoria de Gardeazábal; esa tarde sufrió un infarto y en menos de 24 horas, la señora de las sombras se lo llevó para siempre.

Durante mucho tiempo el chiquillo sintió culpa. Pensó que el abuelo había hecho un enorme esfuerzo cargándolo en los hombros. Quizá su corazón no resistió el peso del pequeño cuerpecito. Quizá fue el vaho del atardecer o la presencia de esa ave gorda de negro y rojo que visitaba la ciudad, en una época en que los Papas no viajaban a ninguna parte y los desfiles los presidían los cardenales. No importa el motivo, el niño se quedó sin su abuelo favorito. Tal vez por eso, y quién sabe porque otros dolores y resolanas y desazones, Gustavito creció sin querer nunca hablar de su infancia.

La Muerte conocía muy bien esa familia de godos, de borrachos y suicidas. Sabía que atrapar a Gardea-

zábal no iba a ser tarea fácil. El escritor tenía una férrea disciplina que le habían enseñado las monjas franciscanas. No perdía el tiempo y siempre estaba trabajando, y si bien era ateo y no creía en Dios, mucho menos en fantasmas, toda la vida luchó contra el fantasma del catolicismo que él mismo se inventó para tener con quien pelear a diario. Gardeazábal no sería Gardeazábal sino estuviera enfrentando a políticos, a masones, a mafiosos, a curas, a gamonales y a cuanto filibustero se cruzara en su camino, incluido monseñor Félix Henao Botero, rector de la Universidad Pontificia Bolivariana, de donde lo echaron muy temprano por escribir su primera novela, Piedra Pintada, caricaturizando al rector en un personaje que llamó pomposamente el “Cacique banda roja”.

La señora de la lúgubre túnica y guadaña en la mano, sabía que esa familia Álvarez Gardeazábal no solo era determinada sino además engañosa. Cuántas veces no trató de atrapar a uno de sus parientes, el abuelo paterno Pablo Álvarez, y lo esperó agazapada cerca a los canales por donde bajaba ebrio después de jugarse hasta la finca con un par de dados, y justo cuando

lo iba a atrapar, el hombre de más de 1,90 que iba a lomo de mula gritaba:

— ¡Abriete diablo hijueputa que aquí va bajando Pablo Maya!

Entonces desorientada lo dejaba pasar, porque al que ella esperaba era a un señor de apellido Álvarez. Años después, La Muerte burlada supo que el padre de Pablo, don Genaro Álvarez, se había suicidado y como eso era una afrenta, cada vez que Pablo se emborrachaba y bajaba ebrio loma abajo, gritaba para despistar al patas, cambiándose el apellido de Álvarez a Maya.

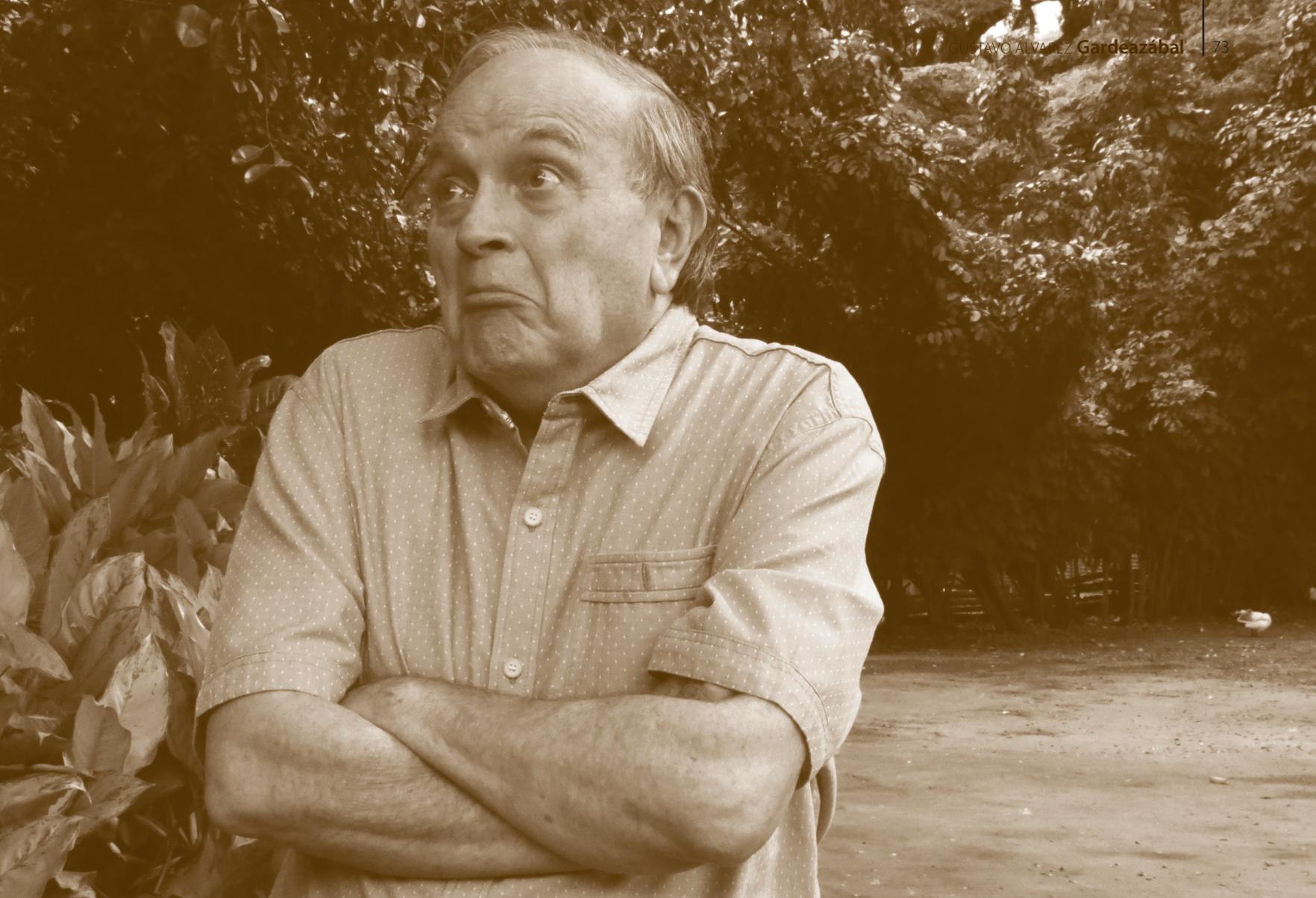
5

Mientras esperaba en el portón, La Muerte hacía memoria y cada vez que recordaba un amargo episodio de persecución burlada, se llenaba de furia. Recordó la última vez que fue a buscarlo. Se bajó por el parque central porque Gardeazábal andaba en un carro haciendo campaña para lanzarse al Concejo. Cuando llegó a la plaza, no había nadie, pero todos bebían

aguardiente y estaban felices. Entonces La Muerte preguntaba por Gardeazábal y le decían que había salido hace nadita hacia Cali para atender unos médicos genetistas que venían del Instituto MIND de California, que iban a estudiar los desórdenes mentales de “Los bobos de Ricaurte”.

Así que La Muerte, esta vez disfrazada de señora buqueña, tomó su transporte hasta Cali, porque Gardeazábal no se le iba a escapar nuevamente. Entonces llegaba a la Universidad del Valle y el auditorio estaba vacío y del escritor no quedaba ni el olor, porque había salido peleando con un decano y tres docentes e invadido de ira había batido la puerta de la decanatura gritando: “Ahí les queda la maldición de la Gardeazábal”, marchándose para no volver más.

La noble y lúgubre señora ya se estaba cansando de ir de un lado a otro, pisándole los talones a ese escritor, periodista, político y humanista, sin poder realizar su cometido. Nuevamente viajó a Tuluá, con el rabo entre las piernas y la paciencia cada vez más escasa.



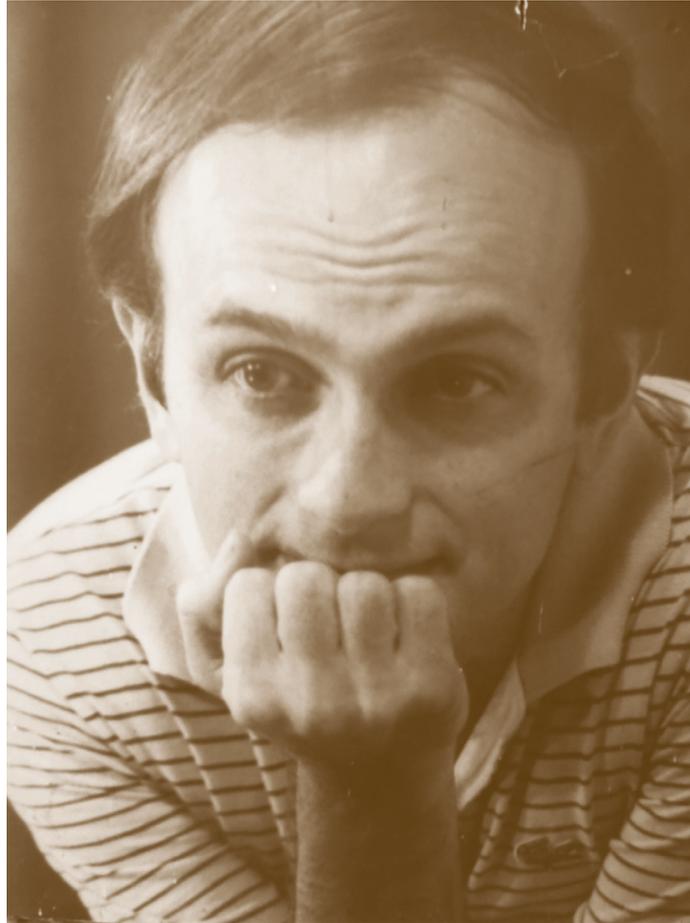
Le habían dicho que el escritor ahora hacía campaña para diputado, pero cuando llegó a Cali le dijeron que Gustavo había salido para Bogotá a entrevistarse con unos congresistas y a mirar las posibilidades de lanzarse a la Gobernación del Valle. La desesperada señora se preguntaba cómo era posible que alguien tuviera unas zancadas más largas que su propio destino, pero así es Gardezábal. Cuando La Muerte llegó al aeropuerto El Dorado, entró en cólera, pues mientras recogía el equipaje, vio salir por la puerta de una de las salas de abordaje al político escritor, que viajaba para posesionarse como gobernador de los ingratos vallecaucanos.

En el Valle era inútil tratar de llevárselo, porque por más que la Muerte madrugara, Gardezábal siempre se levantaba más temprano porque tenía que gobernar, escribir seis columnas de prensa, leer dos libros semanales para recomendar a sus lectores, escribir libretos de radio y salir por las noches a molestar a los borrachos en los parques.

Cansada decidió tenderle una celada. La Muerte sabía que en los políticos podía tener a sus mejores alia-

dos, pues son los únicos capaces de venderse a cinco postores al mismo tiempo. Fue así como logró que la Fiscalía acusara al gobernador de enriquecimiento ilícito por la venta de una obra de arte. Ya el país estaba acostumbrado a ese tipo de estupideces. Entonces viajó a Cali porque ahora si no se le iba a escapar. “A ver si aprendes a tener el culo quieto”, dijo para sí misma, pero cuando llegó, Gardezábal había partido para San Andrés. Supo que sus amigos le habían conseguido una lancha para escapar de noche hacia Centroamérica.

No lo iba a dejar ir tan fácil, así que en una barcaza improvisada lo esperó en altamar. Ahora si se lo llevaría para siempre, lo hundiría en el fondo del mar de los siete colores para que se lo tragarán las medusas y sus huesos adornaran eternamente los arrecifes de coral. Fantaseaba animada en su logro, pero tuvo que regresar a la costa toda mojada, empapada hasta los huesos, pues a última hora Gardezábal había decidido que él no se fugaba, dizque porque le gustaba mucho la comida vallecaucana. Según él, su estómago no podía resistir aperitivos que no contemplaran



el arroz atollado, las marranitas, el tamal, la chuleta valluna, el maduro aborrajado, el sancocho de gallina de Ginebra, la lulada y el champú.

— ¡No jodás Gardezábal! Ahora no te llevo y te dejo podrir en la cárcel por toda la eternidad. Pero él no la escuchaba, porque desde el fondo de la fría celda, estaba escribiendo seis columnas, haciendo el boceto de dos libros más y escribiendo un ensayo que tituló: "La novela colombiana entre la verdad y la mentira", con el que pudo obtener rebaja de pena. Cuando La Muerte decidió buscarlo en la cárcel, Gardezábal ya había salido.

6

A pesar de que había fallado en todos sus intentos, La Muerte era obstinada. No iba a permitir que Gardezábal se saliera con la suya una vez más. Por eso se estacionó durante horas frente al portón de la hacienda sin intención de moverse de allí.

Eran las dos de la tarde y esa testaruda señora estaba esperando bajo el sol que le derretía sus diminutos

brazos como barritas de menta. Fue entonces que decidió no esperar más y se coló por debajo de los alambres de púas, llegando hasta el patio, justo para ver por el rabillo del ojo a Gardezábal que caminaba hacia la cocina. Entonces fue a buscar su guadaña mientras vociferaba: ¡Ahora sí loca de los infiernos, de esta no te me escapas! Tan veloz como pudo andar, arrastrando los pies que cargan los grilletes de la eternidad, llegó a la cocina y se detuvo a probar un maduro aborrajado recién hecho. Lo engulló con ansias porque sabía que, además de escritor, político y periodista, Gardezábal cocinaba muy bien, y eran famosos los almuerzos que organizaba en su finca. Cuando terminó el maduro miró hacia la zona del fogón y este hombre inquieto se había marchado nuevamente; Así que atravesó la casa auxiliar donde tienen los comedores, se encontró a una señora del servicio y le inquirió por el paradero del sujeto que hace tan solo unos segundos estaba allí.

— A esta hora seguro que le está dando de comer a los gansos, contestó la señora.

Entonces se oyó una algarabía de feria avícola y allá en el patio trasero, Gardezabal arrojaba maíz a más de cien gansos. La Muerte de inmediato tomó su guadaña y se dirigió con su pesado paso al patio trasero, y al llegar, el escurridizo escritor de más de 15 novelas, ya no estaba. Preguntó y le dijeron que iba camino a ver los potreros de las vacas lecheras. No se rendiría. Entonces cogió loma arriba, casi gateando, limpiándose el sudor que le lavaba el rostro casi cegándola.

Cuando llegó, Gardezabal ya no estaba. ¿Cómo es posible?

Un trabajador le dijo:

— Mi señora, ¿si ve esa antena repetidora? Se la mandaron a colocar de una emisora porque a esta hora el patrón transmite para toda Colombia La Luciérnaga.

Casi tres horas después, echando maldiciones, agotada, sudorosa, con los pies llenos de ampollas y de llagas, La Muerte llegó al lugar de la antena repetidora. Se arrojó sobre un sofá a gritar que donde estaba la Gardezabal, que ahora si le había llegado su hora, pero el secretario del escritor le dijo:

— Qué pena mi señora. Va a tener que esperarlo un poquito y, la verdad, no sabemos si regrese hoy. Lo llamaron de la Universidad del Valle que le van a dar un doctorado honoris causa. Además, parece que está corrigiendo unos libretos de la novela El Divino, pues al parecer los que estaba haciendo el señor Kepa Amuchástegui quedaron como regulares.

Estaba cansada, deshidratada, maltrecha, con el poco pelo de su calavera hecho un desastre, con los pies llenos de ampollas y casi afónica de gritar el nombre de Gardezabal por toda la hacienda y por las calles vecinas. Se rindió y se fue caminando muy despacio. Ya era bien entrada la noche.

Por la esquina de la plaza de Tuluá, caminando como quien acaba de perder una batalla, y arrastrando su guadaña, dobló la zona de los bares. De repente, escuchó una voz que le gritaba desde la esquina de una cantina:

— Ole señora, ¿para dónde va a esta hora? Mire que con tanto traqueto no es conveniente andar sola por esos lares.



La derrotada Muerte volteó la cara y pareció no sorprenderse de ver que desde la esquina de la eterna cantina, quién le hablaba a esas horas era el mismísimo escritor que llevaba años tratando de atrapar. Estaba harta de todo, así que solo le gritó:

— ¿Cuándo te vas a morir Gardezabal? ¡Muérete de una vez por todas, a ver si por fin paras de hacer tantas maricadas!

Y por algún motivo, Gardezabal tampoco se inmutó. La miró como si la reconociera desde siempre y con voz pausada pero firme, le dijo:

— Vaya tranquila vieja, que yo me voy a morir cuando me dé la gana. Ya tengo listo todo para que me entierren en Circasia y de pie, para no verme humillado ni siquiera en la hora de la muerte.

Lo miró con desdén y antes de alejarse, escupió el piso y sentenció:

— Gardezabal, te han echado de todas partes y no has hallado acomodo en otro lugar que en esta región

del Valle que dices detestar. Hoy te aseguro, que te van a echar hasta del mismo cementerio en el que compraste tumba. Ni en Circasia te van a recibir, ni en el cielo, ni en el infierno, y vagarás para siempre como un alma en pena por ateo, por loca y por pendenciero.

La Muerte se perdió entre la neblina de la madrugada. Los que estaban con Gardezabal departiendo en la cantina, se asustaron.

— ¿Qué vas a hacer, Gustavo?

— ¿Qué más voy a hacer? Pues alistarme para escribir novelas y columnas, y pelear con el mundo por otros dos mil años.



